

cion, quiso enviar sus embajadores al ejército del Emperador para concertarse con él y evitar el saco, pero nunca el Papa se lo quiso consentir.

LAC. Dígoos de verdad que esa fué una grande inhumanidad. ¿Y no valiera más que aquel pobre pueblo se librara que no que padecieran lo que han padecido?

ARC. Decís muy gran verdad; pero ¿quién pensara que había de suceder como sucedió? Luego los capitanes del Emperador determinan de combatir la ciudad, y esa misma noche, peleando con los nuestros entraron, y el saco duró más de ocho dias, en que no se tuvo respecto á ninguna nación, ni calidad, ni género de hombres.

LAC. ¡Válame Dios! ¿Y los capitanes no podían remediar tanto mal?

ARC. Ya hacían todo cuanto podían, y no les aprovechaba nada, estando la gente encarnizada en robar como estaba. ¡Viérades venir por aquellas calles las manadas de soldados dando voces. Unos llevaban la pobre gente presa; otros ropá, oro, plata. Pues los alaridos, gemidos y gritos de las mujeres y niños era tan grande lástima de oír, que aún ahora me tiemblan las carnes en decirlo.

LAC. Y aún por cierto á mí en oírlo contar.

ARC. Pues es verdad que tenían respecto á los Obispos ó á los Cardenales por cierto no más que si fueran soldados como ellos. Pues ¿iglesias y monasterios? todo lo llevaban á hecho, que nunca se vió mayor crueldad ni menos acatamiento ni temor de Dios.

LAC. Eso debían hacer los alemanes.

ARC. A la fe, nuestros españoles no se quedaban

atrás, que también hacían su parte. Pues ¿y los italianos? ¡pajas! Ellos eran los que primero ponían la mano.

LAC. Y vosotros ¿qué hacíades entónces?

ARC. Cortábamos (nos) las uñas muy de nuestro espacio.

LAC. ¿Mas de verdad?

ARC. ¿Qué queríades que hiciésemos? Unos se metían entre los soldados, otros huían y otros se rescataban, y todos andábamos cual la mala aventura.

LAC. Despues de rescatados, ¿dejaban os vivir en paz?

ARC. No les dé Dios más salud. En tanto peligro estábamos como de ántes, hasta que ya no nos quedaba cosa ninguna que nos pudiesen saquear.

LAC. ¿Entónces de qué comíades?

ARC. Nunca faltaba la misericordia de Dios. Si no podíamos comer perdices, comíamos gallinas.

LAC. Los malos recibieron la pena de sus maldades, y los buenos trabajos en este mundo para alcanzar más glória en el otro.

ARC. A lo ménos fuera razon que á los españoles y alemanes y gentes de otras naciones, vasallos y servidores del Emperador, se tuviera algun respeto, que sacando la iglesia de Santiago, de españoles, y la casa de Don Pedro de Salamanca, embajador de Don Fernando, Rey de Hungría, y Don Antonio de Salamanca, que hoy es Obispo, Gurzense, no quedó casa, ni iglesia ni hombre de todos cuantos estábamos en Roma que no fuese saqueado y rescatado; hasta el Secretario Perez, que estaba

y residía en Roma por parte del Emperador.
 LAC. En sólo eso debierades de conocer que fué
 manifiesto juicio de Dios y no obra humana, y
 que no se hizo por mandado ni voluntad del
 Emperador, pues ni aún á los suyos se tuvo
 respeto.

ARC. Sí, por cierto. Y agora conozco haber Dios
 permitido esto, para que nosotros vengamos en
 conocimiento de nuestro error. Más os contaré.
 Los Cardenales que estaban en Roma, y no se
 pudieron encerrar con el Papá en el castillo,
 fueron presos y rescatados, y sus personas muy
 maltratadas y traídos por las calles de Roma,
 á pié, descabellados (1), entre aquellos alema-
 nes; que era la mayor lástima del mundo ver-
 los, especialmente cuando hombre se acordaba
 de la pompa con que iban á palacio y de los
 ministriles que les tañían cuando pasaban por
 el castillo.

LAC. Por cierto, récia cosa era esa; pero habéis
 de considerar que ellos se lo buscaron, porque
 consentían que el Papa hiciese guerra al Em-
 perador, y despues de hecha la tregua con Don
 Hugo, sufrían que en nombre del Colegio se
 rompiese y se hiciesen las mayores abomina-
 ciones que jamás fueron oídas. ¿Y cómo pensá-
 bades que Dios no os había de castigar?

ARC. ¿Qué podían ellos hacer, si el Papa lo que-
 ría así?

LAC. Cuando hobieran hecho todas sus diligen-
 cias por estorbarlo, si no les aprovechara, sa-
 liéranse de Roma y no quisieran ser partici-
 pantes de tantas maldades. Sé que las puertas

(1) Por desgrenados.

- abiertas estaban. ¿No sabeis que *Agentes et consentientes pari poena puniuntur*? Y tambien si por otra parte sus pecados lo merecian o no, preguntelo á Maestre Pasquino.

ARC. No hé menester preguntarlo; que quizá sé el yo más qué no él.

LAC. Pues si lo sabeis, no os maravilleis de lo que visteis, sino de lo que Dios quiso por su bondad infinita disimular.

ARC. ¿Qué decís de las irrisiones que allí se hacían? Un aleman se vestía como Cardenal y andaba cabalgando por Roma de pontifical con un cuero de vino en el arzon de la silla, y un español de la mesma manera con una cortesana en las ancas. ¿Podía ser en el mundo mayor irrisión de la dignidad de Cardenal?

LAC. Veamos: ¿y no es mayor irrisión de la dignidad que el Cardenal tome el capelo y haga obras peores que de soldado, que no que un soldado tome el capelo queriendo contrahacer á un Cardenal? Lo uno y lo otro es malo; pero no me negueis vos que lo primero no sea peor y aun más perjudicial á la Sede Apostólica. ¿Cómo no me decís nada de los Obispos?

ARC. ¿Qué quereis que os diga? Tractábanlos como á los otros; deciros hé lo que ví. Que entre otros muchos hombres honrados que sacaban á vender á la plaza, llevaban los alemanes un Obispo de su nacion, que no estaba en todos dedos de ser Cardenal.

LAC. ¿Qué; á vender?

ARC. ¿Qué maravilla! Y aun con un ramo en la frente, como allá traen á vender las bestias, y cuando no hallaban quien se los comprase, los jugaban á los dados. ¿Qué os parece desto?

LAC. Pues veis aquí: de hoy más vendreis en conocimiento de vuestro error, y no os maravillareis que aquellos soldados que viven de robar vendiesen los oficiales, pues vendíades los beneficios; ni los Obispos, pues vendíades los obispados. Y es tanto más grave lo uno que lo otro, cuanto es más digna una ánima que un cuerpo. Antes les debeis de agradecer, pues no vendieron ningún Cardenal.

y Pues mirad, señor: ha permitido agora Dios que roben sus iglesias por mostrarnos que no tiene en nada todo lo que se puede robar ni todo lo que se puede corromper, para que de aquí adelante le hagamos templos vivos primero que muertos, y le ofrezcamos corazones y voluntades primero que oro y plata, y le sirvamos con lo que El nos manda primero que con cosas semejantes.

ARC. Vos me decís cosa que yo nunca oí; pues que así es, decidme: ¿cómo y con qué le habremos de servir?

LAC. Esa es otra materia aparte; de que hablaremos en otro tiempo más de nuestro espacio.

Agora proseguid adelante.

ARC. Como mandáredes. ¿Qué me direis que los templos, donde suele Dios ser servido y alabado, se tornasen establos de caballos? ¿Qué cosa era de ver aquella iglesia de Sanct Pedro de la una parte y de la otra toda llena de caballos! Aun en pensarlo se me rompe el corazón.

LAC. Pues ¿cuál sería mayor maldad y abominación, hacer establo de estos templos de piedra, donde dice el Apóstol que no mora Dios, ó ha-

cerlo de nuestras ánimas que son verdaderos templos de Dios?

ARC. Así Dios me salve que teneis la mayor razón del mundo. Pero si viéradés aquéllos soldados cómo llevaban por las calles las pobres monjas sacadas de los monesterios y otras doncellas sacadas de casa de sus padrés, hobiéradés la mayor compasión del mundo.

LAC. Eso es tan comun cosa entre soldados y gente de guerra que, seyendo á mi parecer muy más grave que todas esas juntas, no hacemos ya caso dello. ¡Cómo si no fuese peor violar una doncella, que es templo vivo, donde mora Jesucristo que no una iglesia de piedra ó madera! Pero la culpa desto no tanto se debe de echar á los soldados quanto á vosotros que comenzastes y levantastes la guerra, y fuistes la causa que ellos hiciesen lo que han hecho. Verdaderamente aunque ningun otro mal causase la guerra, por sólo esto la debríamos de dejar.

ARC. Los Registros de la Cámara apostólica, de Bulas y Suplicaciones y los de los Notarios y Procesos, quedan destruidos y quemados.

LAC. Eso pienso yo que permitió Dios para que con ellos quemásemos todos los pleitos, porque es la mayor vergüenza del mundo que se traigan pleitos sobre Beneficios eclesiásticos.

ARC. Esperad, que aún no lo habeis oído todo. Desde que el ejército del Emperador entró en Roma, hasta que yo me salí, que fué á XII de Junio, no se dijo misa en Roma, ni en todo aquel tiempo oimos sonar campana ni aún relox.

LAC. Los ruines poco iba en que oyesen misa, pues la oyen sin devocion, atención, ni reverencia; y los buenos harán con el espíritu lo que no podrán hacer con el cuerpo. Pero veámos: ¿por qué los clérigos é frailes no decían misa?

ARC. ¡Por Dios! que esa es una gentil pregunta! ¿No os dije al principio que no había clérigo ni fraile que osase andar por Roma sino en este hábito de soldado, como yo vengo?

LAC. ¿Por qué?

ARC. Porque cuando los alemanes veían un clérigo ó fraile por las calles, luego andaban dando voces: *Papa, Papa, ammazza, ammazza*.

LAC. ¡Oh, válgame Dios! Yo me acuerdo, cuando estaba en Roma, que traían por allí muchas profecías que decían de esta persecucion de los clérigos y que había de ser en tiempo deste Emperador.

ARC. Así es la verdad: mil veces las leíamos allí por nuestro pasatiempo.

LAC. ¿Pues por qué no os enmendabades?

ARC. ¿Quién creyera que aquello había de ser verdad?

LAC. Cualquiera que considerara bien las cosas de Roma.

ARC. Ni más ni ménos. Pues allende desto había tan gran hedor en las iglesias, que no había quien pudiese entrar en ellas.

LAC. ¿De qué?

ARC. Habían los soldados abierto muchas sepulturas, pensando hallar tesoro escondido en ellas; y como se quedaban descubiertas, hedían los cuerpos muertos.

LAC. No era mucho que sufriéades aquel perfu-

me en pago de los dineros que lleváis por enterrarlos.

ARC. No dejaron reliquias que no saquearon para tomar con sus sacrílegas manos la plata y el oro con que estaban cubiertas. Qué era la mayor abominación del mundo ver aquellos desuella-caras entrar en lugares donde los Obispos, los Cardenales, los Sumos Pontífices apenas osaban entrar, y sacar aquellas cabezas y brazos de Apóstoles y de Santos bienaventurados. Agora yo no sé qué fruto puede venir á la christiandad de una tan abominable osadía y desacatamiento.

LAC. Recia cosa es esa; mas decidme, ¿después de tomada la plata y oro, ¿qué hacían de los huesos?

ARC. Los alemanes, algunos echaban en los cementerios ó en campo santo, otros traían á casa del Príncipe de Orange y de otros capitanes; y los españoles, como gentes más religiosas, todos los traían á casa de Joan de Urbina.

LAC. ¿Así despojados?

ARC. ¡Mira qué duda! Yo mismo ví una espuerta de ellos en casa del mismo Johan de Urbina.

¿Quereis mayor abominación que hurtar la custodia del altar y echar en el suelo el Santísimo Sacramento? ¿Es posible que desto se pueda seguir ningun bien?

LAC. ¡Válame Dios! ¿Y eso vístelo vos?

ARC. No, pero así lo decían todos.

LAC. Lo que yo he oído decir es: que un soldado tomó una custodia de oro y dejó el Sacramento en el altar entre los corporales y no lo echó en

el suelo como vos decís. Pero como quiera que ello sea, es muy grande atrevimiento, digno de recio castigo.

ARC. Habeis de saber que, luego como el ejército entró en Roma, pusieron guardas al castillo, porque ninguno pudiese salir ni entrar; y el Papa, conociendo el evidente peligro en que estaba y el poco respeto que aquellos soldados le tenían, determinó de hacer algún partido con los capitanes del Emperador; para lo cual le mandó llamar á Micer Johan Bartholomé de Gatinara, regente de Nápoles, y le dió ciertas condiciones con que era contento de rendirse, para que de su parte las ofreciese á los capitanes del ejército. Y aunque andando de una parte á otra procurando este concierto, desde el Castillo le pasaron un brazo con un arcabuz, á la fin cinco dias despues que el ejército entró en Roma la capitulacion fué hecha y por entrambas partes firmada. Pero como en este medio el Papa tuviese nueva cómo el ejército de la Liga lo venía á socorrer, no quiso que aquel concierto se ejecutase.

LAC. Por cierto eso me parece la más recia cosa de cuantas me habeis dicho. ¿No había padecido harta mala ventura la pobre Roma por su causa, sin que quisiése acabar de destruirla? Si venía el ejército de la Liga á socorrerla, claro está que habían de pelear con los nuestros y morir mucha gente de una parte y de otra; y si los nuestros vencían, el Papa y los que con él estaban, quedaban en mayor peligro; y si ellos de la Liga, Roma fuera de nuevo saqueada. ¿Cómo! ¿No fuera mejor tomar cualquier concierto que, habiendo visto tanto mal, ser

causa de otras muertes de gentes y de nueva destruccion?

Arc. Por cierto, vos teneis mucha razon, que muy menor inconveniente fuera aceptar el concierto que el daño, que de ser socorrido, se podía seguir. Pues como el ejército del Emperador supo esto y que los enémgigos venían, salieron al campo con ánimo de combatir, mas ellos no osaron pasar dell'Isola, donde estovieron algunos dias; y el castillo siempre se tenía con la esperanza de ser socorrido, ó que entre los imperiales se levantaría alguna discordia por faltarles su Capitan General. Y ellos en este medio no cesaban de hacer sus trincheas y minas para combatir el Castillo, y aun en ellas fué herido de una escopeta el Príncipe de Orange, á quien tenían por principal cabeza en el ejército. Allí vino el Cardenal Colona con los señores Vespasiano y Ascanio Colona, y remediaron algo de los males que se hacían. Vino asimismo el Visorrey de Nápoles y Don Hugo de Moncada y el Marqués del Gasto y el Señor Alarcon y otros muchos capitanes y caballeros con la gente del reino de Nápoles. Y como en este medio no cesaban los tractos en el Castillo, á la fin el Papa, sabido que el ejército de la Liga se volvía y viendo que no tenía esperanza de ser socorrido, acuerda de rendir el Castillo en poder del Emperador con estas condiciones: Que toda la gente que estaba dentro se fuesen libremente donde quisiesen y que no tocasen á cosa alguna de lo que sien el Castillo estaba; y por el rescate de las personas y hacienda, el Papa prometía de dar cuatrocientos mil ducados para pagar la gente.

LAC. ¿Cómo! y no les bastaba lo que habían robado?

ARC. Sé que eso no entra en la cuenta de la paga; y para seguridad de esto, el Papa les dió en rehenes aquella buena creatura de Johan Mateo Giberto, obispo de Verona, con otros tres Obispos y á Jacobo Salviati con otros dos mercaderes florentines. Y allende desto prometió de dejar en poder del Emperador (hasta saber lo que S. M. querría mandar) el dicho Castillo de Sanct-Angel y á Ostia y Chivita vieja con el puerto. Y prometió tambien de dar las ciudades de Parma, Placencia y Módena, y Su Santidad con los trece Cardenales que estaban en el castillo se iban al reino de Nápoles, para desde ahí venirse á ver con el Emperador.

LAC. Por cierto que fué ese un buen medio para ordenar algun bien en la christiandad.

ARC. Sí; mas para deciros la verdad, aunque quisieron ellos que esto así se dejase, porque parecía mal retener un Papa y colegio de Cardenales contra su voluntad, digan lo que quisieren, que á la fin ellos estaban gentilmente presos.

LAC. ¿No decís que él mismo, de su voluntad, se quiso ir á Nápoles?

ARC. Sí; pero aquello fué de necesidad hacer virtud. Mas pues él quiso estar tantos dias esperando ser socorrido, ¿no os parece que, si en su voluntad estuviera, holgora más de estar en el ejército de la Liga que donde está?

LAC. No puedo negaros que no sea verosímile. ¿Pero qué sabéis si despues ha mudado esta voluntad?

ARC. Por cierto no lo sé ni aun lo creo, ni pa-

parece bien que la cabeza de la Iglesia esté desta manera.

LAC. Veámos, ¿quien pudiese evitar un mal, no es obligado á hacerlo?

ARC. ¿Quién duda?

LAC. ¿No sería reprehensible el que diese causa á otro para hacer mal?

ARC. Sería en la misma culpa, porque *qui causam dammi dat, damnum dedisse videtur*.

LAC. Decís muy bien. Pues veis aquí: el Papa está de su voluntad ó no; si está de su voluntad, no es sino bien que esté donde él quisiere; y si contra su voluntad, decidme: ¿para qué querría estar con el ejército de la Liga?

ARC. Claro está que para vengarse de la afrenta y daño que ha recibido.

LAC. ¿Y veamos qué se seguiría?

ARC. ¿Qué se podría seguir sino mucha discordia, guerra, muertes y daños en toda la cristiandad?

LAC. Pues para evitar esos males tan evidentes, ¿no os parece que está mejor en poder del Emperador que en otra parte, aunque estoviese contra su voluntad?... Y si el Emperador le dejase ir donde él quisiese, ¿no se le imputarían á él los males que de allí se siguiesen, pues daría él la causa para ello?

ARC. Yo lo confieso, ¿pero qué dirán todos, grandes y pequeños, sino que el Emperador tiene al Papa y á los Cardenales presos?

LAC. Eso dirán los necios, á cuyos falsos juicios sería imposible satisfacer; que los prudentes y sabios, conociendo convenir al bien de la cristiandad que el Papa esté en poder del Emperador, tenerlo han por muy bien hecho y loarán la virtud y prudencia de S. M. y aun

serle ha la cristiandad en perpetua obligacion.

ARC. ¡Si viérades al Papa como yo le ví!

LAC. ¿Dónde?

ARC. En el castillo.

Hallélo á él y á todos los Cardenales y á otras personas que con él estaban tan tristes y desconsolados que en verlos se me saltaban las lágrimas de los ojos: ¡Quien lo vido ir en su triunfo con tantos Cardenales, Obispos y protonotarios, á pié, y á él llevarlo en una silla sentado sobre los hombros, dándonos á todos la bendicion, que parecía una cosa divina; y agora verlo solo, triste, afligido y desconsolado, metido en un castillo, y sobre todo en manos de sus enemigos! Y allende desto ver los Obispos y personas eclesiásticas que iban á verlo todos en hábito de legos y de soldados; y que en Roma, cabeza de la Iglesia, no hubiese hombre que osase andar en hábito eclesiástico! No sé yo qué corazon hay tan duro que oyendo esto no se moviese á compasion. ¡Pues si viérades aquellos Cardenales despedir sus familias y quedarse solos por no haberles quedado qué darles de comer!

LAC. De una cosa me consuelo: que á lo ménos, mientras esto les durare, parecerá más al vivo lo que representan.

ARC. ¿Qué?

LAC. A Jesucristo con sus apóstoles.

ARC. Decidme, ¿cómo ha tomado el Emperador lo que en Roma se ha hecho contra la Iglesia?

LAC. Yo os diré. Cuando vino nueva cierta de los males que se habían hecho en Roma, el Empe-

rador, mostrando el sentimiento que era razon, mandó cesar las fiestas que se hacían por el nacimiento del príncipe Don Felipe.

ARC. ¿Creeis que le ha pesado de lo que se ha hecho?

LAC. ¿Qué os parece á vos?

ARC. Cierto, yo no lo sabría bien juzgar; porque de una parte veo cosas por donde le debe pesar, y de otra por donde le debe placer; y por eso os lo pregunto.

LAC. Yo os lo diré. El Emperador (es) muy de veras buen cristiano y tiene todas sus cosas tan encomendadas y puestas en las manos de Dios, que todo lo toma por lo mejor. Y de aquí procede que ni en la prosperidad le vemos alegrarse demasidamente ni en la adversidad entristecerse. De manera que en el semblante no se puede bien juzgar de él cosa ninguna; mas á lo que yo creo, tampoco dejará de conformarse con la voluntad de Dios, en esto como en todas las otras cosas.

ARC. Tal sea mi vida. ¿Qué os parece que agora Su Majestad querrá hacer en una cosa de tanta importancia como esta? A la fe, menester há muy buen consejo; porque si él desta vez reforma la Iglesia, pues todos ya conocen cuanto es menester, allende del servicio que hará á Dios, alcanzará en este mundo la mayor fama y gloria que nunca príncipe alcanzó. Y decirse há hasta el fin del mundo que Jesucristo formó la Iglesia y el Emperador Cárlo quinto la restauró. Y si esto no hace, aunque lo hecho haya seido sin su voluntad y él haya tenido y tenga la mejor intencion del mundo, no se podrá escusar que no quede muy mal concepto de él en los ánimos de la gente; y no sé lo que

dirán despues de sus dias, ni la cuenta que dará á Dios de haber dejado y no saber usar de una tan grande oportunidad, como agora tiene, para hacer á Dios un servicio muy señalado y un incomparable bien á toda la república cristiana.

LAC. El Emperador, como os tengo dicho, es muy buen cristiano y prudente, y tiene personas muy sábias en su Consejo. Yo espero que él lo proveerá todo á gloria de Dios y á bien de la cristiandad. Mas pues me lo preguntais, no quiero dejar de deciros mi parecer; y es que cuanto á lo primero, el Emperador debería... (1)

PORTERO. Mirad, señores: la Iglesia no se hizo para hablar, sino para rezar. Salíos afuera, si mandáredes, que quiero cerrar la puerta.

LAC. Mas vamos á Sanct Benito, porque este fraile no nos torne á echar otra vez.

ARC. Bien decís: Sea como mandáredes; y en el entretanto leed esta oracion de un nuevo *Pater noster*, que nuestros españoles compusieron en coplas y lo cantaban junto á las ventanas del Sumo Pontífice:

Padre nuestro, en cuanto Papa,
Sois Clemente sin que os cuadre;
Mas reniego yo del Padre,
Que al hijo quita la capa (2).

(1) Estos puntos están en el original.

(2) Escribió el Secretario Alfonso Valdés este *Diálogo* para defender al Emperador, á los capitanes y soldados que en el Saco de Roma tomaron parte, pero sin ánimo de publicarlo. Sus amigos difundieron, sin embargo, las copias; y una de éstas llegó á manos del Nuncio Castiglione, que le acusó al Emperador de hereje. Aunque seguro Valdés de la gracia del César, como quien estaba en sus

secretos, quiso salir á su propia defensa. A este efecto escribió á dicho Nuncio manifestándole, que si habló en este *Diálogo* contra el Papa, la materia le forzó á ello, pues queriendo excusar al Emperador, no podía dejar de acusar al Papa, de cuya dignidad hablaba siempre con respeto; que había mostrado el escrito, ántes de divulgarlo, á teólogos y Obispos, y todos lo loaron y desearon copia de él; que los males que el Papa y los clérigos causaban en Roma, eran mucho mayores que los causados por los soldados; que estos males fueron ocasionados por culpa del Papa y por permission divina, y finalmente, que la calamidad de Roma, no sólo no fué dañosa, sino útil á la cristiandad.

Castiglione, en la réplica que con este motivo le dirigió, le recuerda que la mayor parte de los capitanes que asistieron al asalto de Roma murieron despues desastrosamente; que fué gran pena la muerte de tantos buenos religiosos como sucumbieron en Roma; que entre el Papa y el Emperador no hubo disension alguna, como afirmaba Valdés, ni el Papa deseó la guerra contra el Emperador ni contra otros, ni pensó tampoco maltratarle, sino sólo reprimir las inauditas insolencias y estorsiones que hacia el ejército de S. M. en las tierras de la Iglesia. La verdad, segun él, era que el Papa deseaba reprimir el ejército, y para conseguir esto hacia liga con Francia y Venecianos: que éstos le estaban apremiando para que se uniese á ellos, mas él deseaba ántes conferenciar con S. M., para lo cual tenia ya dispuesto su viaje á Barcelona; que durante la estancia de los alemanes en Roma el Papa sufrió con paciencia y resignacion los sacrilegios, muertes y robos causados por ellos y áun se avino á darles una tan gran suma de dinero; que es público que S. M. no sólo no mandó el saco de Roma, ni lo consintió, ni aprobó; sino que de ello tuvo grandísimo displacer, como lo dijo á cuantos le hablan y especialmente á los embajadores de Francia, Inglaterra, Venecianos y Florentines, y como lo escribió de su propia mano al Papa; que algunos malignos habían procurado hacer creer al Papa que el Emperador deseaba apoderarse de Roma y de todo el dominio temporal de la Iglesia, y expulsar de Italia á todos los Príncipes y señores y dominarla tiránicamente; mientras que otros hicieron creer al Emperador que el Papa no le quería tan grande y con tanto dominio, y que por esto se unía con Francia para abatirle y arrebatarle el reino de Nápoles, y el Es-

tado de Milan, privarle del imperio y usar contra S. M. de todas sus armas espirituales y temporales; en fin, que tanta diligencia puso el diablo en sembrar entre los dos odio y discordia, que sus sugerencias produjeron los diabólicos efectos que se habían visto; pero que dirán los hombres siempre que Jesus fundó la fe y Cárlos V la restauró.

III.

EL ASALTO DE ROMA, DESCRITO POR CEREZEDA (

«El Gran Maestre de Rodas escribió á los dos Duques (el de Borbon y el de Urbino), que el que más presto llegase de los dos campos, habría la puerta de la ciudad. Así, el Duque de Borbon fué el primero que entró en Viterbo, y de aquí, sin parar, va fasta un palacio, que se llamaba la viña del Papa, que está una milla de Roma. Aquí allegó el Duque de Borbon á los cinco de Mayo, un domingo.

«Este día é noche anduvo la gente en torno del burgo de San Pedro, reconociendo las murallas y defensas; é otro día, lunes, de mañana, se comenzó la batalla, de manos, sin batería é casi sin escalar. Antes que fuese la hora del mediodía, se había ganado el burgo, sin perder ochenta hombres.

«Mas se perdió al general, Duque de Borbon, en la primera batalla que se dió en el burgo, yendo como buen cabdillo delante de los primeros que arremetieron á la batalla. Fué ferido de un tiro de mosquete, de la cual ferida, en breve tiempo murió. Viéndose así ferido este buen general, se mandó cubrir y llevar donde no

(1) *Tratado de las campañas y otros acontecimientos de los ejércitos del Emperador Carlos V, etc.*, por Martin García Cerezeda, cordobés, soldado en aquellos ejércitos. Publicado por la Sociedad de bibliófilos españoles.—Madrid: Aribau, 1873.—Tomo I.

fuese visto de su gente por no dar estorbo á la batalla; la cual no se dejó de dar con gran furia é saña, aunque con gran defensa de los romanos. Pero al fin, como Juan de Urbina anduviese tan ganoso entre la gente, animando á los que mayor deseo tenían, así se les entró é ganó el burgo, y fué tanta la secucion que hicieron en los de dentro, yendo en su seguimiento fasta los meter por el puente de Sant Angelo (que es por do se viene de la cibdad á Palacio sacro y burgo de San Pedro), que pasando junto á la puerta del castillo mucha de la gente española, se perdiera si los del castillo dejaran caer una sarazina ó véro compuerta, que está en la puerta, que es la entrada del puente, y otras cadenas que allí se ponen por grand defensa. Mas por la voluntad de Dios y por su gran turbacion, no se dieron muy sigura cuenta de estas defensas, y con mucho daño de los romanos y poco de los españoles se volvieron á salir del puente.

«¡Quién podría decir los fechos é defechos de algunos particulares soldadôs! Entre ellos, un soldado, estando sobre los muros de Roma, volviendo la cara hácia el poniente, trayendo su espada en la mano, diciendo: *¡Oh madre, que hoy serás vengada!* se echó entre los enemigos; el cual fizo tanto daño entre los romanos, que muy por enteró cumplió su palabra. Anduve mucho por saber quién fuese este particular, y por qué había dicho estas palabras, y alcancé á saber ser un noble meredion, ó véro de Mérida.

»Despues de haber ganado el burgo é palacio Sacro, estuvo la gente reposando fasta quatro horas despues del mediodía, que se tocó arma y se fué á ganar la cibdad, la cual estaba muy fortificada é guarnescida de mucha gente. Mas como

los españoles llegasen á puente Sixto (que es uno de los puentes que están sobrel río Tiber, por donde se sirven los de la cibdad de los burgos), los que estaban en la guardia del puente escomienzan á fuir, de manera, que casi sin peligro se ganó la cibdad.

»Conviene á saber, que el Duque de Urbino llegó con su campo á Mentana, que es una tierra vecina de Roma, y sabiendo que el campo de los españoles estaba tres días había, toma mucha parte de su arcabucería é caballería, y va la vuelta de Roma, por ver si podía tomar á Ponte Mole, que es una puente que está sobre el río Tiber, á una milla de Roma. Esto hacía con pensamiento de poner su campo vecino á los muros de Roma y monasterio de Nuestra Señora del Pópulo é por tener algun favor del castillo. Mas no pudo efectuar su intencion, porque le fué muy defendida la puente. Así se vuelve á la Insola, cuanto ocho millas de Roma, do recoge todo su campo, é estuvo unos pocos dias por ver si podía dar algun remedio al Papa. Y viendo que ningun modo podía tener para ello, levanta su campo y va en Lombardía.

»Pues tornando á nuestra tomada de Roma: despues de muerto el Duque de Borbon, Don Hugo de Moncada y Fernando de Alarcon y el Príncipe de Orange y el Marqués del Vasto (que ya era vuelto al campo), todos con gran cuidado gobernaban el ejército; que era tan grande el bullicio é priesa de la matanza y saco, que no hay juicio humano que lo pudiese narrar. Allí no se tenía respeto á Dios, ni vergüenza al mundo; robando y sacrilegiando las iglesias y lugares sagrados, saqueando las casas de los Cardenales, Patriarcas, Arzobispos, Obispos y á toda la Igle-

sia, y las casas de los embajadores y cortesanos, así los de nuestra nascion, como de otras. Iba generalmente el fuego de la guerra sembrado por todas partes de Roma. Luego se puso cerco en el castillo de Sant Angelo, donde estaba el Papa con seis Cardenales y tres Obispos, cuyos nombres son Julio de Médicis (Papa Clemente Séptimo), el Cardenal Santicuatro, el Cardenal de Lavala, el Cardenal de Motte, el Cardenal Armellino, el Cardenal Calses, el Cardenal Rodulfo, el Obispo de Pistoya, el Obispo monseñor Evangelista (Secretario del Papa), el Obispo de Castro (sacristan del Papa), y Renzo de Ceri, romano, con cuatrocientos arcabuceros, con otros nobles cortesanos, de los cuales no señalo sus nombres. Así en torno del castillo se facen reparos é trincheras, así en la cibdad como en el burgo y en la campaña, y se pusieron puentes de barcas en el Tiber, porque por tierra ni por agua no se pudiesen ir el Papa é los Cardenales, por estar el castillo orillas del rio Tiber é al un canto del burgo é puente, saliendo la mayor parte del castillo á la campaña. Así, é por todas partes estaba cercado el castillo é con gran guardia. Yendo el Príncipe de Orange á ver la guardia que se facía en el castillo, se descubrió solamente la cabeza para ver el castillo, é le fué tirado un arcabuz y lo firieron en el rostro, por lo cual fué llevado de Roma á Siena á se medicar.

»Pues viendo el Papa el poco remedio que tenía del campo de su liga y la diligencia del campo de los españoles, acuerda rendirse á los ministros que gobernaban el ejército del Emperador y ponerse en sus manos. Así se rendió á los cuatro dias de Junio con todos los demas que en el castillo estaban. Como el Papa fuese puesto en manos de Don

Hugo é de los otros señores, le dan en guardia á Fernando de Alarcon, el cual se entra en el castillo con una compañía de infantería española, que era del capitan Don Felipe Cerbellon. Ansi mismo proveen que el Don Felipe Cerbellon fuese alcaide del castillo de Sant Angelo, y á Don Alonso de Córdoba alcaide del castillo de Civita Vecchia; é al capitan Rodrigo de Ripalda proveen de alcaide del castillo de Ostia. Luego dan libertad al abad de Falfa, que el Papa lo tenía en el castillo, porque se había mostrado servidor del Emperador. Ansi estuvo el campo en Roma fasta fin de Junio, que fué sobre Terni y Narni, que son dos tierras del Papa, las cuales se pusieron en mucha defensa; mas fueron tomadas por fuerza, y saqueado Narni y estas dos tierras; y en otras vecinas de Roma se alojó el campo. La cabsa de la salida del campo de Roma fué por la gran pestilencia que andaba en Roma, que yendo la gente como iba andando, se caían muertos, y otros muchos que morían por vestirse ropas hechas de capas y ornamentos y cosas sagradas de las iglesias. Era una gran crueldad de ver la mortandad que andaba. No quiero decir otras particularidades por no ser acusado de proli-
 JUNTA

»Estando los alemanes en Terni y Narni y en las otras villas, como arriba dije, se levantaron quiriendo venir á Roma á querella totalmente saquear y destruir. Como esto fué sabido por los que gobernaban el ejército, mandan á gran priesa que los españoles entrasen en Roma á excusar que los alemanes efectuasen las dañadas intinciones que tenían contra de Roma. Ansi se volvió el campo dentro de Roma, que fué andando la mitad de Setiembre.

»Conviene á saber cómo despues de ser tomada Roma, los ministros del ejército del Emperador escriben á su S. M. dándole muy entera cuenta de la muerte del Duque de Borbon y presa de Roma y Papa y Cardenales, y de la ferida del Príncipe de Orange y de las cosas que tocaban al gobierno de su ejército. Viendo el Emperador la gran ruina é destruición de Roma, como cristianísimo é temeroso de la honra de la Iglesia y culto divino, mostró un gran pesar y pena, y con mucha brevedad scripbe á los gobernadores de su ejército mandándoles que, vista su carta, diesen libertad al Santísimo Padre é Cardenales é Obispos, y lo restituyesen en su tierra é fuerzas, reduciéndolo al estado primero. Ansi mismo manda que el Príncipe de Orange viniese al campo por su general en Italia, y que el cuerpo del Duque de Borbon fuese llevado al castillo de Gaeta. Así fué fecho, como por el Emperador fué mandado.

»Fué dada la libertad al Papa é Cardenales y Obispos á ocho de Diciembre. Este dia salió el Papa de Roma para irse á Orbiato, y no léjos de Roma encontró al Príncipe de Orange que venía de curarse de Siena y á residir en su cargo de General. El Papa viéndole, sin consentir que el Príncipe le saludase con la reverencia é ceremonias debidas, muy amorosamente le da un abrazo, mostrando mucho gozo de velle convallescido.

»Despues de haber pasado algunas palabras, el Príncipe se despidió de Su Santidad y se entra en Roma, do fué muy alegremente rescibido de todos aquellos caballeros y ejército. El dia siguiente el Príncipe é los otros caballeros del ejército entran en su consejo para dar orden para sa-

car el campo de Roma; é porque los soldados querían ser pagados é no salir de Roma de otra manera, fué nescesario que el Papa é Cardenales ayudasen á pagar el campo.

»Despues de ser pagada la gente salió el ejército de Roma, mediando el Febrero siguiente (528)..»

El texto que sigue es un extracto de la obra de D. Juan de Mariana, Historia de España, tomo IV, libro VII, capítulo I, donde se narra la salida del ejército romano de Roma en el año 528. El texto original en latín es el siguiente: «Postquam acceptis pecuniis, exercitus exivit de Roma, intermedium Februarii mensis, anno 528.»

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

JUNTA DE ANDALUCÍA

El texto que sigue es un extracto de la obra de D. Juan de Mariana, Historia de España, tomo IV, libro VII, capítulo I, donde se narra la salida del ejército romano de Roma en el año 528. El texto original en latín es el siguiente: «Postquam acceptis pecuniis, exercitus exivit de Roma, intermedium Februarii mensis, anno 528.»

(1) El texto que sigue es un extracto de la obra de D. Juan de Mariana, Historia de España, tomo IV, libro VII, capítulo I, donde se narra la salida del ejército romano de Roma en el año 528. El texto original en latín es el siguiente: «Postquam acceptis pecuniis, exercitus exivit de Roma, intermedium Februarii mensis, anno 528.»

IV.

Historia de las cosas que han passado en Italia desde el año MDXXI de nuestra redemption hasta el año XXX sobre la restitution del duque Francisco Sforcia en el ducado de Milan: en la cual se recuentan las grandes victorias del Emperador don Carlos nuestro señor, desde el principio de su imperio hasta su sacra coronacion; y tambien se recuentan las batallas que en este tiempo el Rey de Francia perdió hasta ser preso en Pavia por los capitanes de S. M.: traduciola del latin en castellano el maestro Bernardo Perez, canónigo de Gandia. Va dirigida al Serenissimo y muy esclarecido principe don Philippe, hijo del mismo Emperador, nuestro señor. Fué impresso el presente libro de Galleacio Capella (1) sobre la restitution de Francisco Sforcia en el estado de Milan, en la metropolitana ciudad de Valencia, á X dias del mes de Março, año de 1536. (1 vol., fol. á 2 columnas, letra gótica, de 44 hojas y la de portada.)

DE CÓMO FUÉ TOMADA ROMA Y DE LA MUERTE DE BORBON.

Echados de Moguncia los Sforcianos, sola una esperanza tenían, que muy presto se desbarataría el campo de Borbon, porque iba sin dinero, sin provision y sin tener lugares donde se recogesse; y no podían creer que solo el Duque de Ferrara, Alphonso Astensse, que contra lo acostumbrado estonces favorescía al Emperador por ir contra el Papa Clemente, pudiese mucho tiempo sustentar tanta gente. Pero mucho se enga-

(1) Secretario que fué de Gerónimo Moron, quien le dió para componer esta historia, segun dice el traductor en el Prólogo, notas y copia de todos los negocios y cartas.

ñaron con esta opinion; porque despues que llegaron á tierra de Florencia y no se les ofrescía manera de tomar la ciudad, donde pensaban salir de lazeria, sin guardar las treguas que Carlos Lanoyo, visrey de Nápoles, había hecho con el Papa Clemente, Borbon á grandes jornadas caminó con el campo para Roma, donde el Papa, confiando en la fé de Carlos Lanoyo, pensaba estar seguro, y á esta causa había despedido á todos sus soldados. Llegados pues á Roma, entráronla por fuerza de armas y Borbon murió luego herido de un arcabuz. Los soldados entraron y saquearon la ciudad como enemigos y captivaron al Papa que se había retraido al castillo de Sanctangel. En este dia la santa Ciudad fué saqueada (1), las reliquias de los templos sacadas, las vírgenes forçadas, la crueldad se extendió no sólo contra los hombres pero aun contra mármoles y antiguos bultos de los Romanos; y no se acabaron en esto los males. Porque los soldados aposentándose por las casas que habían saqueado, hicieron á los Cardenales, Obispos, Embaxadores, ciudadanos y mercaderes y á todo el pueblo romano, á los cuales ya una vez habian rescatado sin dexarles cera en oido, que mantuviesen el ejército (2). Y los mismos soldados á manera de escarnio, vestidos como obispos y sacerdotes, andaban por Roma, holgando y tomando placer como si estuvieran en sus casas de reposo; ni temian al campo de Italia que estaba

(1) Al márgen, tambien de letra gótica y como apostilla del traductor dice: «De todo eran causa los que revolvían los príncipes de la cristiandad.»

(2) Al márgen: «Esto permitió Dios por los pecados de aquella ciudad, como S. Agustin lo muestra en la *Ciudad de Dios*.»

cerca procurando la benivolencia de los pueblos comarcanos, ni temian al Rey de Francia que enviaba ya otro grosissimo ejército y á Lautrech por capitan, para lanzar de Italia á los españoles y restituir al Papa Clemente en su libertad. Parte de la costa deste ejército pagaba el Rey de Inglaterra, que no estaba bien con el Emperador por ciertas causas (1) y por esto deseaba disminuir su potencia.

(1) Al margen: «Todos contra el Emperador y Dios con él.»

P. C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

JUNTA DE ANDALUCÍA

V.

Libro de las historias y cosas acontecidas en Alemaña, España, Francia, Italia, etc., comenzando del tiempo del Papa Leon y de la venida de Cárlos V en España hasta su muerte. Compuesto por Paulo Jovio, y traducido en romance castellano por Antonio Ioan Villafranca.—Valencia, en casa de Juan Mey, 1562. (2 vol. fol.)

Al comenzar la segunda parte de esta obra hay una advertencia del traductor, en que declara que: «En esta presa de Roma, saqueando los españoles la ciudad, los romanos pusieron las cosas más preciadas en las iglesias pensando tenerlas allí seguras, aunque la furia de los soldados no perdonó cosa ninguna. Saqueando, pues, la iglesia de la Minerva, saquearon á la revuelta unas arcas donde estaban las escripturas y libros de las historias que hasta entónces había escrito Paulo Iovio, varon doctísimo. Viniendo estas escrituras en manos de soldados, rompieron y hicieron pedazos algunas dellas; de apaciguadas las cosas, con mandamientos del Papa, con ruegos y dineros del Jovio, volvieron los libros en su poder, aunque en algunas partes faltos y rasgados. Continuando él su historia, fué tanta la importunacion y ruegos de sus amigos, que la hubo de imprimir. Y no queriendo dexar imperfectos del todo los años que faltaban, hizo una suma ó recopilacion de cada libro, pensando, si la muerte no le atajaba, confiando en su memoria, volver de nuevo á poner cumplimiento en la obra; y quiso la

suerte que faltasen aquellos libros donde los españoles más habían mostrado su esfuerzo y valentía. De modo que los lectores habrán de tener paciencia de leer en suma unos cuantos libros.» Acaso sea esta la causa de la indignacion é injusticia con que trata Paulo Jovio al Duque de Borbon, siempre que de él se ve precisado á ocuparse.



P. C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

JUNTA DE ANDALUCÍA

VI.

EL SECRETARIO PEREZ AL EMPERADOR.—NÁPOLES, 3 DE JUNIO,
DE 1528 (1).

«Una ó dos veces he escripto á V. M. el mal concepto que el Papa y Cardenales tienen de Vuestra Magestad imponiéndole ó culpándole un caso muy feo que dicen que un fraile, que aquí está preso, de Sancto Domingo, venía con deseo de matar al Papa con mandado vuestro. Sería menester aquí un juicio como aquel de Dapniel. Yo, puesto que no sea para desligar el zapato de los que entienden con mi pobre juicio, no dexaría de ponerme á todo peligro por defender con verdad á V. M. en este caso, porque nunca conocí dél tener mas discurso ni ser tan mal cristiano, que puesto que lo pensase, lo que no es de creer, semejantes cosas confiase de tales personas; y he trabajado de satisfacer como se debe así á Monseñor Santiquatro como á Monseñor de Monte y á los que más en ello han hablado. No me parecería mal que V. M. con aquella su prudencia acostumbrada escribiese una carta á Nuestro Señor con aquella escusa que á semejante infamia se requiere; y porque el ausencia muchas veces da ocasion á que semejantes cosas subcedan en enfermedad incurable, vista su respuesta, yo me porné por él á toda prueba en este caso, de ma-

(1) C. S.—A-42.

nera que no haga falta ni se juzgue ser absente su persona, y así lo ofrezco de cualquier manera que sea menester defenderlo. Y así quedo esperando la respuesta de lo uno y de lo otro, porque yo dé la letra al Papa y pueda tener ocasion para hablar en semejante cosa.»



JUNTA DE ANDALUCÍA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

VII.

EL DOCTOR TORRALBA.

«.....Acuérdate (dice D. Quijote á Sancho) del verdadero cuento del licenciado Torralva, á quien llevaron los diablos en volandas por el aire, caballero en una caña, cerrados los ojos, y en doce horas llegó á Roma y se apeó en Torre de Nona, que es una calle de la ciudad, y vió todo el fracaso y asalto, muerte de Borbon, y por la mañana ya estaba de vuelta en Madrid, donde dió cuenta de todo lo que había visto...»

(Cervantes: *D. Quijote*: Parte 2.^a, capítulo 41.)

Fué tan ruidoso el proceso seguido á este famoso médico por la inquisicion de Cuenca en los años de 1528 á 1531, que casi un siglo despues lo recordaba Miguel de Cervantes en su inmortal obra. No puede, en efecto, darse un caso más extraño y estupendo de lo que hoy llamaríamos espiritismo. Por referirse, siquiera sea fantásticamente á nuestro asunto, vamos á insertar algunos párrafos de este célebre proceso, tomándolos de una copia que de él se conserva en la Sala de Manuscritos de la Biblioteca Nacional, Códice X-87, folio 23.

«En la ciudad de Cuenca, á 10 dias del mes de Enero de 1528 años, estando el Reverendísimo Sr. Riuerta, inquisidor en la audiencia, en presencia de mí, Francisco de Herrera, notario, Su Reverencia mandó sacar á la audiencia al doctor Eugenio de Torralba, médico, que estaba preso; y assí sacado, Su Reverencia recibió jura-

mento en forma debida de derecho al dicho doctor, so cargo del cual dixo...: que de 15 años salió desta ciudad y se fué á Roma adonde estuvo diez ó doce años y despues vino á España y estuvo en esta ciudad y en la corte y se volvió á Roma, adonde ha estado, y en las ciudades de Bolonia y Sena hasta un año y medio á esta parte.» Amonestado por S. R. diga los actos de heregía que ha cometido, «dixo que acerca de cosas tocantes á heregía que nunca las dixo... y que en lo demas habrá veinte años y más que este confesante en Roma tuvo amistad estrecha con un Fr. Pedro, de la Órden de los Dominicos, el cual es difunto, y este dicho fraile tenía una inteligencia con un ángel bueno por nombre Saquiél (1), y este fraile le dixo á este confesante, que si quería saber las cosas futuras y cualquiera cosa pretérita, que le daría aquel espíritu, el cual le acompañaría hasta que muriese, y este confesante lo recibió; y que la primera vez que este dicho espíritu vino á este confesante, le dixo: «Yo soy tuyo y te seguiré para entre tanto vi- ves,» y se apareció en figura de hombre vestido de una vestidura de color roxa como cendal, y encima una sobrevestidura negra, y que así le hablaba las cosas que este confesante le pedía, y otras cosas le decía él de suyo; y que este espíritu viene á este confesante cada luna, y otras veces á la conjuncion y otras veces sin aguardar esta órden; y que siempre le viene el dicho espíritu sin llamarle este confesante y le pesa mucho dello y no le puede echar de sí.»

«..... Dixo que estando en Valladolid el mes de Mayo próximo pasado (1527), habiéndole di-

(1) Otras veces se lee *Cequiel*.

cho el dicho espíritu á este confesante la entrada de Borbon en Roma y la prision del Papa, este confesante le decía que no lo creía, y el dicho espíritu le rogó que se fuese con él á Roma, que él lo llevaría y lo traería, y vería todo lo que le decía, y volvería aquella noche á Valladolid, y que este confesante no quiso.....»

«Preguntado si el dicho espíritu Cequiel le había portado corporalmente en alguna parte y de la manera que lo lleva, dixo que había 15 años que el dicho espíritu llevó á este confesante desde Roma á Venecia, queriendo hablar este confesante á un amigo suyo que se llama Alesandro de Becara; y asimismo estando en Valladolid el mes de Mayo próximo pasado, habiéndole visto y dicho el dicho Cequiel de cómo á aquella hora era entrada Roma y saqueada, se lo dixo este confesante á algunas personas y lo supo el Emperador; pero este confesante no lo creyó, ántes se reía de lo que decía. Y otra noche siguiente, el dicho espíritu Cequiel, viendo que no quería creer nada, le persuadió que se fuese con él, que él lo llevaría á Roma y lo volvería la misma noche; y así fué; que el dicho espíritu y este confesante salieron á las cuatro horas de la noche, paseándose hasta fuera de la villa de Valladolid, y estando fuera le dijo el dicho espíritu: «No tengas miedo, fíate de mí, que yo te prometo que no tendrás ningun desplacer, por tanto, toma esto en la mano.» Y á este confesante le pareció que, cuando lo tomó en la mano, era un leño nudoso, y dijo á este confesante: «Cierra los ojos», y cuando los abrió le pareció á este confesante ser tan cerca de la mar, que con la mano la podría tomar, y despues le pareció, cuando abrió los ojos, una grande escuridad, á manera

de nube y despues un resplandor: donde hubo este confesante un gran miedo y temor. Y el dicho espíritu le dijo no temiese... y cuando se acordó, por espacio de media hora, se halló en Roma en el suelo. Habiéndole preguntado el espíritu si conocía el sitio donde se hallaba, dixo «que estaba en Torre de Nona, y allí contó este confesante que dió el relox del Castillo de Sant Angel las cinco horas de noche; y así se fueron este confesante y el espíritu paseando y hablando hasta Torre Santa Ginia, donde vivia el Obispo de Copis, tudesco; y vido este confesante saquear muchas casas, y vido y sintió todo lo que en Roma pasaba; y de allí se tornó de la manera que dicho tiene por espacio de hora y media hasta Valladolid, que le tornó á su posada.....»

Despuesde haber sufrido el doctor Torralba muchos interrogatorios sobre sus diversas relaciones con el espíritu, y una larga y penosa reclusion en las cárceles inquisitoriales de Cuenca, por sentencia dada en esta ciudad á 6 de Marzo de 1531, «fué admitido á reconciliacion con cárcel y hábito á voluntad del Ilmo. Sr. Inquisidor General, y se le mandó que de allí adelante no hable ni comunique ninguna cosa de las que le dixese el dicho espíritu, porque así cumplía á su ánima y conciencia.»

Segun se advierte en el fin de este manuscrito, de letra del siglo XVII, fué sacado de un traslado que poseía el Sr. Marqués de Montesclaros, asistente que fué de Sevilla, tomado del proceso original existente en el Archivo secreto del Santo Oficio de la Inquisicion de Cuenca.

FIN.

INDICE.

	PÁGINAS.
INTRODUCCION.....	5
CAPÍTULO PRIMERO.— <i>Antecedentes y preliminares..</i>	9
El Emperador á D. Hugo de Moncada, 11 Junio, 1526.....	14
Lope de Soria al Emperador, 20 Junio.....	16
Lope Hurtado de Mendoza al Emperador, 28 Junio.....	17
El Secretario Perez al Emperador, 9 Julio.....	18
Lope de Soria al Emperador, 19 Julio.....	19
Idem á idem, 29 Julio.....	19
Perez al Emperador, 31 Agosto.....	20
Idem á idem, 9 de Setiembre.....	20
CAPÍTULO SEGUNDO.— <i>Entrada de D. Hugo de Moncada y de sus tropas en Roma por sorpresa...</i>	22
D. Hugo á Alonso Sanchez, 14 Setiembre.....	24
Idem al Lugarteniente General y señores del Consejo de Nápoles, 16 Setiembre.....	25
Perez al Emperador, 23 Setiembre.....	27
Alonso Sanchez al Emperador, 28 Setiembre..	28
Perez al Emperador, último de Setiembre.....	29
El Abad de Nájera al Emperador, último de Setiembre.....	30
CAPÍTULO TERCERO.— <i>Nuevas negociaciones.—Obstinacion de Clemente VII.—Avisos que recibe Carlos V de su infidelidad.....</i>	32
El Comendador Aguilera al Emperador, 3 Octubre.....	33

Lope de Soria al Emperador, 14 Octubre.....	34
Alonso Sanchez al Emperador, 15 Octubre....	35
Idem á idem, 20 Octubre.....	36
Perez al Emperador, 22 Octubre.....	37
Idem á idem, 5 Noviembre.....	39
El Emperador al Abad de Nágera, 16 No- viembre.....	40
Idem al Comendador Aguilera, idem.....	41
Idem al Secretario Perez, idem.....	41
Perez al Emperador, 16 Noviembre.....	42
El Abad de Nágera al Emperador, 19 Noviembre.	42
Perez al Emperador, 22 Noviembre.....	43
Idem á idem, 28 Noviembre.....	43
Idem á idem, 4 Diciembre.....	44
Alonso Sanchez al Virey de Nápoles, 4 Di- ciembre.....	46
El Abad de Nágera al Emperador, 5 Diciembre.	47
Perez al Emperador, 15 Diciembre.....	48
Idem á idem; idem.....	49
Idem á idem; idem.....	50
Idem á idem, 24 Diciembre.....	51
Idem á idem, 10 de Enero de 1527.....	51
Alonso Sanchez al Secretario Perez, 15 Enero..	56
Perez al Emperador, 26 Enero.....	58
Idem á idem, 1.º de Febrero.....	59
El Marqués del Gasto al Emperador, 4 Febrero.	60
El Marqués del Gasto á Juan B. Castaldo, 6 Febrero.....	61
El Emperador al Secretario Perez, 11 Febrero.	63
Perez al Emperador, 14 Febrero.....	64
El Abad de Nágera al Emperador, 18 Febrero.	65
Perez al Emperador, 25 Febrero.....	66
Alonso Sanchez al Emperador, 28 Febrero....	68
El Abad de Nágera al Emperador, 3 Marzo.....	68
Alonso Sanchez al Emperador, 11 Marzo.....	70
Lope de Soria al Emperador, 15 Marzo.....	71
Perez al Emperador, 16 Marzo.....	72
Idem á idem, 22 Marzo.....	73
Alonso Sanchez al Emperador, 23 Marzo.....	74
El Abad de Nágera al Emperador, 28 Marzo....	74
Perez al Emperador, 29 Marzo.....	81
César Ferramosca al Emperador, 4 Abril.....	82
Alonso Sanchez al Emperador, 5 Abril.....	86

Perez al Emperador, 7 Abril	87
El Virey de Nápoles á Lope de Soria, 13 Abril.	89
El Abad de Nágera al Emperador, 19 Abril....	90
El Emperador al Abad de Nágera, 21 Abril....	92
Alonso Sanchez al Emperador, 24 Abril.....	92
El Virey de Nápoles á Lope de Soria, 25 Abril..	93
Perez al Emperador, 26 Abril	94
El Secretario Seron al Emperador, 28 Abril...	97
Perez al Emperador, 30 Abril.....	98
Perez á Alonso Sanchez, 3 Mayo.....	99
Alonso Sanchez al Emperador, 7 Mayo.....	100
Lope de Soria al Emperador, 10 Mayo.....	100
Alonso Sanchez al Emperador, 10 Mayo.....	101
Idem á idem, 11 Mayo.....	102
El Marqués de Astorga á Lope de Soria, 12 Mayo	102
El Emperador al Secretario Perez, 13 Mayo....	103
CAPÍTULO CUARTO.— <i>Marcha del ejército imperial de</i>	
<i>Milan á Roma.—Asalto y saqueo de esta capital.</i>	
El Abad de Nágera al Emperador, 27 Mayo....	104
Traslado de carta que se escribió sobre el saco de Roma.....	104
Carta de Francisco de Salazar, 18 Mayo.....	142
Idem idem, 19 Mayo.....	151
Perez al Emperador, 18 Mayo.....	163
Lope de Soria al Emperador, 25 Mayo.....	166
Instruccion del Virey Lanoy á su secretario J. Durant, de lo que ha de decir al Empera- dor, 17 Mayo.....	167
Alonso Sanchez al Emperador, 29 Mayo.	174
Capitulaciones ajustadas entre Clemente VII y los capitanes del ejército cesáreo para la en- trega del castillo de Santángelo, rendicion del Papa y gente que le acompañaba y condicio- nes de su rescate.....	174
Juan Bartolomé de Gattinara al Emperador, 8 de Junio.....	180
CAPÍTULO QUINTO.— <i>El ejército imperial posesionado</i>	
<i>de Roma.....</i>	
El Secretario Perez al Emperador, 11 Junio...	208
El Abad de Nágera al Emperador, 11 Junio....	216
Idem á idem, 23 Junio.....	219
Alonso Sanchez al Emperador, 25 Junio.....	225

Perez al Emperador, 26 Junio.....	226
Lope de Soria al Emperador, 27 Junio.....	228
Instruccion del Marqués Alarcon al Comenda- dor Gomez Xuarez de Figueroa, Junio.....	229
El Secretario Perez al Emperador, 1.º Julio...	234
El Marqués de Astorga al Emperador, 6 Julio:	236
Instrucción del Marqués de Astorga para don Francisco Osorio.....	239
Perez al Emperador, 11 Julio.....	245
Idem á idem, 12 Julio.....	248
Breve de Clemente VII en creencia de D. Martin de Portugal, embajador del Rey de esta na- cion, 12 Julio.....	249
Lope de Soria al Emperador, 21 Julio.....	251
Perez al Emperador, 1.º Agosto.....	251
Carta de Carlos V al Rey de Portugal sobre el saco de Roma, 2 Agosto.....	254
Descifrado de carta del Duque de Ferrara á su Embajador en Roma, 2 Agosto.....	258
D. Hernando de Alarcon al Emperador, 15 de Agosto.....	259
El Emperador al Abad de Nágera, 17 Agosto..	262
Perez al Emperador, 18 Agosto.....	262
Charles de Lanoy, virey de Nápoles al Empera- dor, 18 Agosto.....	264
Alonso Sanchez al Emperador, 23 Agosto.....	266
Charles de Lanoy al Emperador, 30 Agosto...	267
Perez al Emperador, 2 Setiembre.....	272
El Emperador al Secretario Perez.....	276
Extracto de carta de los Cardenales que esta- ban en Francia á S. S., 16 Setiembre.....	277
Perez al Emperador, 24 Setiembre.....	279
El Marqués de Astorga al Emperador, 26 Se- tiembre.....	284
Antonio de Leyva al Emperador, 29 Setiembre.	285
D. Hugo de Moncada al Emperador, 30 Se- tiembre.....	286
Mr. Pierre de Veyre al Emperador, 30 Setiembre.	287
Perez al Emperador, 12 Octubre.....	288
Idem á idem, 23 Octubre.....	295
Lope de Soria al Emperador, 29 Octubre.....	302
Perez al Emperador, último de Noviembre....	303
Idem á idem, 6 Diciembre.....	320

Perez al Emperador, 11 Diciembre.....	326
D. Hugo de Moncada al Emperador, 14 de Diciembre.....	329
Idem á idem, 19 Diciembre	337
Alonso Sanchez al Emperador, 23 Diciembre...	338
Perez al Emperador, 31 Diciembre.....	339
Lope de Soria al muy magnífico Sr. Juan de Aleman, secretario mayor y del Consejo de Su Majestad, 2 de Enero de 1528.....	346
Perez al Emperador, 4 de Enero.....	347
Idem á idem, 16 Enero	350
Idem á idem, 17 de Enero.....	357
Los términos en que se hallaban las cosas de Italia á los 18 de Enero.....	358
Alonso Sanchez al Emperador, 19 Enero.....	362
Perez al Emperador, 21 Enero.....	363
Alonso Sanchez al Emperador, 28 Enero.....	366
Perez al Emperador, 28 Enero.....	366
Idem á idem, 3 Febrero.....	372
Idem á idem, 8 Febrero.....	374
Lope de Soria al Sr. Mercurino de Gattinara, 8 Febrero.....	377
Alonso Sanchez al Emperador, 9 Febrero.....	378
Perez al Emperador, 12 Febrero.....	379
D. Hugo de Moncada al Emperador, 16 Febrero.....	380
Idem á idem, 6 Marzo.....	381
Perez al Emperador, 6 Marzo.....	383

APÉNDICES.

I.—Fragmento del «Diálogo de Mercurio y Caron», por Juan de Valdés.....	387
II.—Fragmentos del «Diálogo entre Lactancio y un Arcediano», del mismo autor.....	394
III.—El asalto de Roma, descrito por Cerezeda.....	439
IV.—Fragmento del libro titulado «Historia de las cosas que han pasado en Italia desde el año 1521 hasta el año 30 sobre la restitucion del Duque Francisco Sforzia en el Ducado de Milan», (por Galleacio Capella).....	446
V.—Advertencia referente á la obra titulada	

VI.—Libro de las historias y cosas acontecidas en Alemania, España, Francia, Italia, etc., por Paulo Jovio.....	449
VII.—Carta del Secretario Perez al Emperador, 3 Junio 1528.....	451
VIII.—El Doctor Torralba.....	453

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

JUNTA DE ANDALUCÍA